

## **Bondades de la envidia**

No es contrasentido el título de este artículo, las bondades de la envidia, sobre ciertas bondades, aplicables en determinadas circunstancias y para casos concretos, muy generalizados bajo mi particular óptica o puntos de vista subjetivos, que por supuesto no son exclusivos ni excluyentes en tiempo, forma o manera.

Pretendo si acaso con esta exposición de la idea, que más parece un desafuero cabalístico mental, rozar fenómenos a los que no se les da excesiva importancia, que suelen pasar un tanto desapercibidos o que tan solo nos hemos parado a analizar en nuestra intimidad, sirviéndonos de estímulo, eso sí, pero sin atrevemos a emitir juicio encendido de elogio o anatematizar sin más.

Bondad no es virtud, aunque pueda parecerlo y no es preciso, necesario hacer esfuerzos para demostrarlo; porque sobradamente sabemos que se puede ser lo uno y lo otro, que lo uno conduce casi con certeza a lo otro; que se puede carecer de alguna de ellas, tenerlas a ambas. Nadie está exento de actuar alguna vez en su vida bondadosamente y se puede tener la virtud de ser generoso, útil en tas circunstancias u ocasiones más insospechadas y adversas. En el subconsciente del individuo suele estar demasiado unido lo bueno a lo malo y solo se precisa de un alto grado de capacidad emocional para decidir y elegir entre lo que denigra y lo que enaltece, poseedor como se es de aglutinar para sí cualidades tan diversas.

La capacidad humana no tiene límites y con mucha frecuencia ni siquiera se para a distinguir simplemente entre el bien y el mal, sin que por ello se pretenda afirmar que se está totalmente al albur de acontecimientos imprevistos, porque casi todo es perceptible y lo detecta maravillosamente nuestra sensibilidad a través de la mente, incansable y capaz de prever, analizar resultados y tomar decisiones que puedan cambiar vertiginosamente la situación de las cosas o aplicar con el mayor sosiego, cariño y estoicismo, las soluciones más diversas y con ellas cambiar el curso de los acontecimientos. Lo que antecede es casi un axioma, no tanto por cómo y quién se expone, sino por ser verdad incontrovertible, si bien a caballo a medias entre comprensión e incomprensión por el sujeto. Y esto no es un sofisma sin más, una verdad a medias. Es algo al alcance de cualquiera que se ponga a meditar un poco. Y tras el forzoso preámbulo, que en modo alguno pretende otorgar culto ni siquiera satisfacer al propio ego particular, permítaseme que pase a materializar en este artículo, aquí sí como culto a la razón, lo único que puede satisfacer mi propia vanidad, algo de

este montón de ideas que bullen en mi mente sin mucho orden, como producto sincero y bienintencionado de algunos momentos de meditación sosegada y nostálgica.

Era algo que uno ni se paraba ni se para a cuestionar siquiera y la palabra sonaba y ha sonado y suena infinidad de veces en nuestros oídos, sin que por ello nos decidamos a prestarle mucha atención e importancia. Tantos son los pensamientos y posibles juicios que nos sugiere, que preferimos el silencio a una respuesta por temor a que resulte un tanto vacía.

Es probable que en otra ocasión, más serenamente o con el ánimo más deprimido, sea capaz de ponerme a analizar los defectos de la envidia, tantos como tiene, desde la pequeñísima parcela de mi entorno que tanto quiero.

Porque uno tiene que estar profundamente enamorado de la vida, cuando se mete a teorizar sobre la complejidad que la sustenta, asunto éste que con tantísima frecuencia le puede conducir a un verdadero caos de proporciones imprevistas. No es, por otro lado, preciso, estar tremendamente enamorado de la vida, lo que ya se da por supuesto, para ponerse de vez en cuando a bien con ella, estar de su lado bueno, cantarle un poco en alabanzas.

Uno oía constantemente la tediosa palabra envidia y a la mente acudía sin remedio, sin poderlo evitar, el recuerdo y la visión del pecado capital dispuesto siempre a hacer presa en las mentes y los deseos frágiles, sencillos y débiles, cuando en una realidad más opaca, más tardía en resultados, no era siempre así.

Sin embargo, y bajo un análisis mucho más detenido y tranquilo, se llega a la clara conclusión de que no siempre los actos y los actores, las acciones obedecen premeditadamente a un instinto malévolo, envidioso, o dicho de otro modo mucho más sencillo y convincente, que la envidia como medio de estimular las mentes y avivar los deseos, produce efectos y resultados muy distintos a los que en principio se piensa. Es decir, que si bien puede admitirse que muchas de las acciones del ser humano, incluso del bruto animal irracional, son puras y simples intenciones de causar algún tipo de daño, de infringir castigo o daño a la cosa o el sujeto que produce la envidia, se consigue con la materialización del acto y el triunfo anhelado, un bien con frecuencia mucho más apreciado y valioso, precisamente el efecto contrario a lo perseguido en principio. Es la parte virtuosa de la envidia, que la produce la bondad.

Me ha dado por ponerme a escribir sobre asunto tan sumamente delicado y complejo, tras haber comprobado en la vida multitud de

efectos atribuibles directamente a semejante aserto. Uno ha sido testigo y espectador, por activo y por pasivo a la vez y justo es que saque sus propias conclusiones.

El comportamiento genuinamente vivido y puesto de manifiesto constantemente, tanto en los medios rurales como ciudadanos, mucho más acusados en los medios rurales, por supuesto, donde la envidia ha constituido siempre el elemento consustancial con el disfrute de lo cotidiano, tan frecuentemente compartido con el individuo y el entorno.

Envidia produjo, produce, producirá, en nuestros pueblos, entre nuestros convecinos, entre nuestras familias; entre amos y criados, poderosos y oprimidos, entre quien manda y el que obedece, entre el intelectual y el que no sabe; envidia entre el rico y el pobre y un interminable etcétera; envidia por temor al fracaso, por el triunfo ajeno, la fortuna, la valentía, la temeridad, hasta la cobardía, que llevó al individuo al disfrute de logros, por muy efímeros que a primera vista se presentasen.

Como vulgar señuelo puesto ante vistas no siempre claras y mentes en su total lucidez, aunque eso sí, impelidos casi siempre por pensamientos adelantados o muy conservadores en el tiempo y el pensamiento, por simples ansias prepotentes, precipitadas o intolerantes decisiones, se tomaron como ejemplo actitudes y determinaciones momentáneas sin la debida consistencia moral y social, que contribuyeron a una satisfacción transitoria personal o de grupo, manteniendo en la hegemonía de ciertos estatus sociales a elementos decididamente impulsores de acciones y métodos de altísimos costos sociales, morales y materiales.

Así pues, vemos como la envidia puede sumir en la ignorancia, en la pobreza material y espiritual, en la ruina total, la degradación de los ambientes físicos y sociales, la extinción de la propia existencia, si la colectividad, el propio individuo, no mantiene un férreo equilibrio y control sobre sus propias acciones.

Contra las pobrezaas o deficiencias naturales es sumamente difícil mantener la serenidad y el pánico llega con multitud de formas a apoderarse del ser humano directamente comprometido y prisionero del ambiente. El abandono en semejantes situaciones, por parte de quienes realmente pueden colaborar a mitigar los efectos nocivos y perjudiciales, supone la muerte segura, la ruina del individuo, su entorno y sus territorios, siendo luego la labor de sembrar nueva vida hartamente difícil; todo vuelve la espalda por tiempos que es sumamente imposible calcular su duración; condenado todo a veces a seguros restos arqueológicos en el tiempo.

Es la realidad cruel de la envidia, que casi siempre actúa, está presente, si bien revestida de mil uniformes más o menos llamativos, que a impulsos de la bondad caerán más adelante como simples andrajos.

Porque hay momentos que esa envidia, que suele ser la misma, la protagonizada por los mismos individuos y grupos, aunque obviamente puede cambiar y arrojarse con impedimenta más consistente, se toma en bondad, por obra de una comprensible metamorfosis. Cuando el ser humano se da cuenta de que no es prudente seguir adelante con su política, termina por cambiar, emula al vecino, al amigo, al pariente, al compañero de grupo, convivencia, si se trata de no perder la que aún posee, recuperar lo poco que le queda, incluso lo que perdido si puede. Y esa es la bondad de la envidia que a mi me gusta contemplar.

Pueblos enteros, entornos, lugares y territorios; modos y formas de vida tan duramente castigados, olvidados o muertos, que no solamente se llevó la propia vorágine de la vida, sino también la propia vorágine envidiosa del hombre, se llegaron a plantar.

Que siempre hubo alguien que se plantó, dijo basta y no quiso seguir, inició el retorno, la recuperación de algo que sentía le faltaba, algo que fue suyo.

Y surgió impetuosa la envidia cuya bondad sirvió para curar enfermedades, restañar heridas, recuperar lo que un día dejó porque dicen que ya no servía, porque corrió y se prodigó a manos llenas la envidia por los dorados becerros que fueron y que hoy ya casi no son.

¿Será aún capaz Teruel, nuestros pueblos, sus hombres, los de dentro, los de fuera, de seguir adelante con esta bondadosa envidia que se observa y cuanto tiempo seremos capaces de resistir?

Reto que a todos obliga por igual sin excusas ni perezas.

Se impone una lucha envidiosa y bien dirigida, sin actuaciones precipitadas, a tenor de los nuevos tiempos, con serenidad, con ánimos renovados y renovadores en pos de una redención deseada y sin nuevas tentaciones de abandono.

Desde cualquier lugar se puede luchar. Tener envidia bondadosa del vecino nos puede conducir, a la vez que a ponernos en paz con nuestros espíritus de culpabilidad, al disfrute también de cosas que un día perdimos.

Publicado en el Diario de Teruel el día 20 de abril de 1.991

NOTA: No se si se trata de envidia, y si tendrá alguna virtud; pero se ha despertado un gran afán de compra de casas y pajares; pero también este afán de no vender, por parte de posibles vendedores, puede tener consecuencias imprevistas. Verano de 2.006.